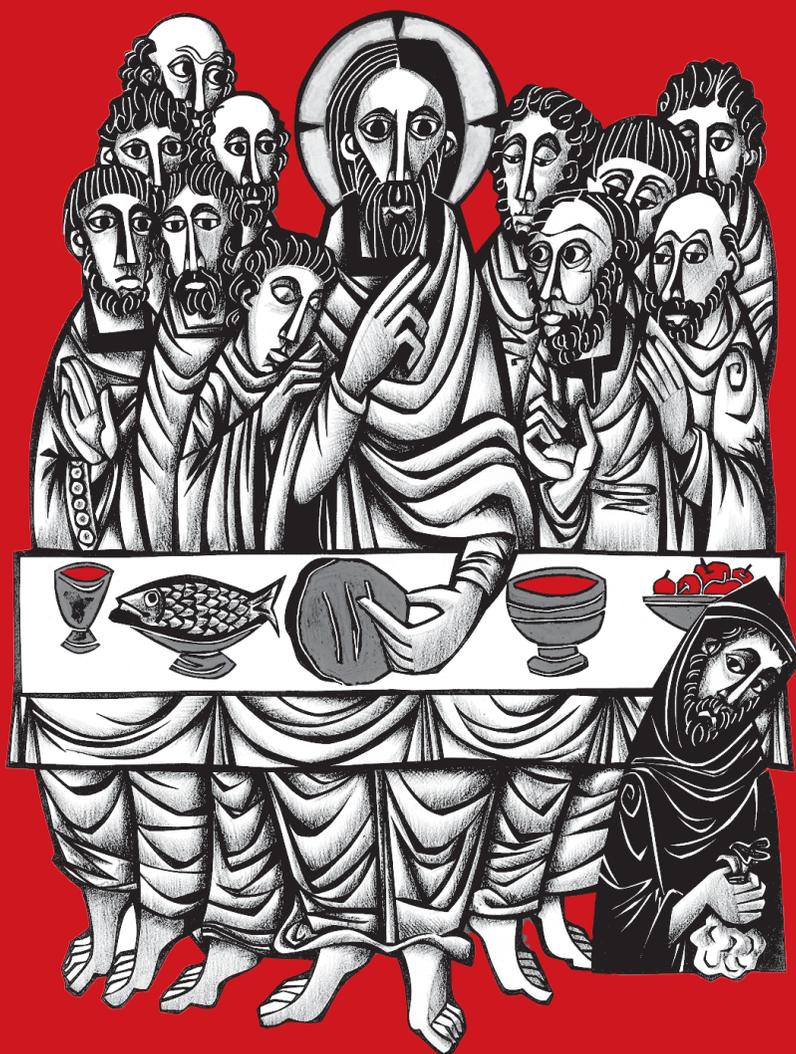


Regresar a la gracia:
Carta pastoral sobre la Eucaristía



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Regresar a la gracia: **Carta pastoral sobre la Eucaristía**



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La gracia de Cristo Jesús, el Señor, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén con todos ustedes (2 Cor 13:13).

Preveo que, cuando los historiadores eclesiásticos escriban acerca del año de nuestro Señor 2020, le prestarán particular atención al “gran ayuno eucarístico”. La COVID-19, la pandemia que se ha llevado la vida de millones, obligó a las diócesis de todo el mundo a adoptar una medida sin precedentes, la de cerrar nuestras iglesias y de negar efectivamente a nuestro pueblo la oportunidad de recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Eucaristía. Quizás algunos estudiosos señalen que, como consecuencia de ello, los católicos de Europa y de América del Norte experimentaron lo que otros han padecido muchos años a causa de la falta de sacerdotes o de una abierta persecución, concretamente, la ausencia de los sacramentos.

Aunque esta decisión profundamente perturbadora se tomó para controlar la propagación de una enfermedad mortal y proteger a los miembros más vulnerables de nuestras comunidades, el cierre de nuestras iglesias produjo un sufrimiento extraordinario. Gracias a Dios, hemos comenzado a reabrir las iglesias y estamos regresando lentamente a la plena participación en la oración y el ministerio sacramental de la Iglesia. Sin embargo, todavía hay mucho por hacer para garantizar la salud y la seguridad de nuestro pueblo, y para recuperar un sentido de bienestar social, económico y espiritual.

Distanciamiento social

¿Les parece que habrá efectos a largo plazo por la separación que impuso la pandemia? ¿Preferiremos algunos de nosotros el culto virtual, si es que lo celebramos? Esto es lo que pienso.

Durante los cuatro primeros meses del confinamiento, no pude visitar a mi madre, quien ya tiene más de noventa años y vive en la parte sudoeste de Ontario, cerca de la frontera con los Estados Unidos. Hablamos por teléfono y nos vimos “virtualmente” vía Zoom, pero no hemos podido encontrarnos en persona. Durante esos meses, muchísimas personas de la Arquidiócesis tuvieron experiencias similares o peores, ya que incluso no han tenido la oportunidad de consolar a los moribundos o de enterrar a sus seres queridos. Aunque la tecnología moderna puede aliviar un poco estas cargas, la separación forzada sigue siendo una gran tragedia.

Cuando por fin pude viajar este verano y visitar a mi madre en nuestra casa, ¡me di cuenta de lo mucho que la había extrañado y de lo diferente que fue sentarnos a la misma mesa uno frente al otro para compartir una taza de té! La sabiduría antigua dice que “la ausencia aviva el cariño”. Sé que, en mi caso, eso fue cierto. Mi amor por mi madre, que siempre ha sido fuerte, se profundizó al verme impedido de estar físicamente cerca de ella. Y, cuando llegó el día en que nos reunimos, experimenté auténtica alegría.

Millones de católicos de todo el mundo han tenido una experiencia parecida con su amor por Jesús. Una de las mayores bendiciones de nuestra fe es nuestra profundamente arraigada convicción de que nuestro Señor está de verdad presente con nosotros en la Eucaristía. Para describir este gran misterio, usamos diferentes términos, pero nunca lo explicamos por completo. Dicho de forma sencilla, creemos que, cuando un sacerdote invoca el poder del Espíritu Santo durante la celebración de la Santa Misa repitiendo las palabras de Jesús en la Última Cena, el pan y el vino comunes se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 1373-1381). Cuando vamos a la Comunión, recibimos a Cristo de la manera más íntima posible durante nuestra vida —permitimos que Él se haga uno con nosotros— de modo que realmente nos convertimos en lo que recibimos: el Cuerpo de Cristo.

San Agustín escribió y predicó a menudo acerca de este misterio. En una de sus homilías más famosas, preguntó:

¿Cómo puede este pan ser su cuerpo y este cáliz, o, mejor, lo que él contiene, ser su sangre?

A estas cosas, hermanos, las llamamos sacramentos, porque en ellas una cosa es lo que se ve, y otra lo que se entiende. Lo que se ve tiene forma corporal; lo que se entiende tiene efecto espiritual.

Si quieres entender el cuerpo de Cristo, escucha al Apóstol que dice a los fieles: Ustedes son el cuerpo de Cristo y sus miembros.

Por tanto, si ustedes son el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que son ustedes mismos y reciben el misterio que son ustedes.

A lo que son responden con el Amén , y con esa respuesta lo rubrican.

Se te dice: El cuerpo de Cristo , y tú respondes: Amén. Sé miembro del cuerpo de Cristo para que ese Amén sea auténtico.
(Sermón 272, énfasis mío)

Lo que recibimos cuando recibimos la Sagrada Comunión es el mismo “Cuerpo de Cristo” al que se refiere san Pablo al decirnos que **somos**. Cuando decimos “Amén”, nos estamos comprometiendo a reflejar verdaderamente la presencia de nuestro Señor en nuestra vida diaria y a compartirlo con todos los que nos encontremos. En otras palabras, cuando recibimos la Eucaristía, **recibimos** a Cristo y accedemos a **ser Cristo** con y para los demás.



Cercanía espiritual

Cuando nuestras iglesias se cerraron y se volvió imposible para la mayoría de los católicos recibir la Eucaristía, nuestro Santo Padre, el papa Francisco, nos instó firmemente a buscar la forma de mantener la “cercanía espiritual” con Dios y entre nosotros. Mientras se transmitían las liturgias en directo por Internet desde el Vaticano , nuestra Catedral Basílica del Sagrado Corazón, y muchas de nuestras parroquias, ofrecían a los fieles la oportunidad de hacer una “comunión espiritual”, un medio tradicional de procurar intimidad con Jesús cuando la recepción física de la Eucaristía no es posible. Muchas personas me han dicho que estas liturgias transmitidas en directo fueron una gran bendición; para muchas, todavía lo son. Pero no son lo mismo que estar juntos físicamente y recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Sagrada Comunión.

Ahora que estamos gradualmente reabriendo nuestras iglesias y aumentando la cantidad de personas que pueden asistir a las Misas diarias y las dominicales, me han preguntado si ya no es momento de discontinuar las liturgias transmitidas por Internet y recuperar el compromiso de ir a Misa en persona los domingos y los días de precepto. A algunos pastores y fieles laicos los preocupa que, cuando las cosas vuelvan finalmente a la “normalidad”, muchos católicos se hayan acostumbrado a permanecer en casa y a mirar la Misa en línea o a no participar de ella.

Como seguramente están al tanto, el descenso en la asistencia a Misa ya era una preocupación mucho antes de la pandemia. ¿Ha acelerado la crisis actual esta tendencia o ha crecido en nosotros la valoración de la Eucaristía precisamente porque se nos ha negado el acceso a ella durante tanto tiempo? ¿Ha avivado la ausencia nuestro cariño por ella?

Cuando yo era un joven sacerdote al servicio de la arquidiócesis de Detroit, acostumbraba a predicar en los retiros espirituales de una casa de

retiro diocesana que estaba frente a la frontera con Canadá. El maestro de retiros residente era un sacerdote mayor, de modales algo bruscos, pero con un corazón de oro. Un día me contó algo que jamás olvidé.

El padre Adrian estaba dirigiendo un día de retiro para jóvenes de una escuela secundaria católica nueva en el área de Detroit, que se había creado hacía poco mediante la fusión de otras dos: una predominantemente blanca y la otra en gran parte afroamericana. A lo largo de todo el día, el sacerdote sintió cierta tensión entre los estudiantes, pero no pudo identificar la causa.

La jornada se cerraba con una Misa. Durante la oración de los fieles, el sacerdote invitó a los jóvenes a que presentaran sus propias peticiones. El primero en hablar, un estudiante blanco, ofreció una petición que fue claramente ofensiva para los estudiantes afroamericanos. En consecuencia, los estudiantes agraviados se pusieron de pie y se retiraron. El estudiante que había ofrecido la petición escupió: “¡Dejen que se vayan! ¡No los necesitamos!”. Después de unos minutos de silencio anonadado, el padre se quitó la estola y pidió al resto de los estudiantes que regresaran a sus habitaciones y esperaran el autobús diciendo: “Hoy no podemos celebrar la Misa”. Pero, no es así como termina la historia.

Una semana después, el padre Adrian estaba por comenzar un retiro con un grupo de adultos cuando observó que varios muchachos jóvenes entraban en silencio por la parte posterior de la sala de conferencias. Cuando se acercó a ellos para darles la bienvenida al terminar su charla, los reconoció como los estudiantes que se habían retirado de aquella liturgia una semana atrás. Le dijeron que habían vuelto por dos razones. La primera, necesitaban disculparse por no haber manejado sus problemas de una manera más cristiana y, la segunda, para contarle lo que habían aprendido. No se habían dado cuenta cabalmente de lo que era la Eucaristía hasta que no pudieron celebrarla.

Regresar a la gracia

¿Es posible que los católicos a los que se les ha negado el acceso a este gran sacramento —incluidos aquellos que se han “alejado de él” por muchos años— puedan percibir lo que se están perdiendo y regresen a la experiencia de la presencia amorosa de Cristo en este misterio de la gracia?

Uso la palabra “gracia” para describir la Eucaristía en dos sentidos: Primero, tengo en mente la gratificación, la “concesión” de la Eucaristía. Que Jesús, “como había amado a los suyos que quedaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13: 1). No participamos por la obligación de hacer algo por Dios, sino que nuestra participación le permite a Dios hacer algo inimaginable por nosotros. San Alfonso de Ligorio dice que “el paraíso de Dios es el corazón del hombre”. Jesús da el don para que Dios pueda ir donde Dios quiera ir. *Todo* es gracia. El otro sentido de “gracia” es “belleza”. Cualquiera sea la calidad estética del ritual (que, como ha observado el papa Benedicto XVI, no es insignificante), el “camino de la belleza” (la *via pulchritudinis*) puede ser el camino a la fe para los hombres y las mujeres modernos. “El arte y los santos son los más grandes apologetas para nuestra fe, —dice nuestro papa retirado—. Lo que la fe debe ver es la Belleza.” San Alfonso vislumbró esto y escribió la letra de un himno que la mayoría de nosotros ha cantado muchas veces:

*“Oh, Dios de la hermosura; del Cielo eres el Señor.
Digno de poseer el amor devoto de mi corazón.
Tan dulce Tu semblante, tan amable de contemplar.
Solo una mirada hacia mí, inmensa felicidad.”*

Para invitar a nuestros hermanos y hermanas a que regresen a la participación plena, consciente y activa en la liturgia eucarística, debemos enfatizar la gracia de este gran don y su incomparable belleza. Le he puesto a esta carta pastoral el título Regresar a la gracia porque creo firmemente que todos nosotros estamos llamados a hacer eso, a modo de respuesta, después del gran ayuno eucarístico que nos impuso la COVID-19.

Palabras de aliento del papa Francisco

Nuestro Santo Padre, el papa Francisco, no ha permanecido en silencio durante esta pandemia. Se ha manifestado constantemente para exhortarnos a no tener miedo; a permanecer espiritualmente cerca de Dios y cerca unos de otros; a recurrir a María, Madre de la Iglesia, a san José durante este Año Santo de San José y a todos los santos; y a recordar a los más necesitados, especialmente los pobres, los vulnerables y los miembros desplazados de la familia humana. El papa Francisco nos ha advertido además de que el pecado de la indiferencia puede ser mucho más letal que el coronavirus.

Nuestro Santo Padre nos recuerda a todos los que estamos en posiciones de liderazgo y de servicio corresponsables en la Iglesia que somos simples “monaguillos” para el Espíritu Santo. No tenemos el control de situaciones como esta pandemia, que nos enfrentan, a menudo sin aviso. Nuestro trabajo es escuchar, orar, discernir, permanecer cerca del Pueblo de Dios y decidir sin temor.

Como cristianos bautizados y confirmados, estamos llamados a aceptar humildemente, pero con confianza, la presencia y el poder del Espíritu Santo en nuestra vida. Empezando con nosotros, los obispos, debemos procurar entender “este mensaje del Espíritu a las Iglesias” (cf. Rev. 2:29). Es el Espíritu Santo, no nosotros, quien reúne a la Iglesia y hace posible la reconciliación.

Durante la celebración de la Eucaristía, hay dos momentos de epiclesis cuando el sacerdote invoca al Espíritu Santo; primero para convertir el pan y el vino, luego para convertir a quienes recibirán el Don. Somos siervos del Espíritu y de los misterios sagrados que el Espíritu Santo hace posibles. Regresar a la gracia significa entregarnos al Espíritu de Dios, que hace a Cristo presente para nosotros y que convierte en el Cuerpo de Cristo a aquellos de nosotros que Lo recibimos en la Sagrada Eucaristía.

Mientras procuro entender lo que el Espíritu está diciéndonos hoy, confío en que el camino prudente que estamos siguiendo aquí en la arquidiócesis de Newark es la mejor opción disponible. Gradualmente, estamos reabriendo nuestras iglesias, ampliando nuestra capacidad y animando a nuestro pueblo a regresar a la participación presencial y a la recepción sacramental de la Eucaristía. Al mismo tiempo, continuamos haciendo que las liturgias transmitidas en directo por Internet estén disponibles para quienes no pueden unirse a nosotros en persona. Ya llegará el día en que se recupere el compromiso de asistir a Misa los domingos y los días de precepto, puesto que la Eucaristía es vital para nuestro florecimiento espiritual. Hasta ese momento, debemos permitir que el Espíritu Santo nos guíe para ayudar a los que no pueden recibir la Eucaristía a encontrar la persona de Jesús en la oración personal, en la Sagrada Escritura y en el servicio al pueblo de Dios.



Santificar el día del Señor

Uno de los desafíos más importantes que enfrentamos es la recuperación de un sentido de lo sagrado en nuestra observancia del día del Señor. El domingo ocupa un lugar de honor en la comunidad cristiana, porque es el día en que nuestro Señor resucitó de entre los muertos. Desde el principio, los seguidores del Jesús resucitado consideraron este día como el más santo de la semana, y nuestra Iglesia nos enseña correctamente a santificar el día del Señor asistiendo a Misa, evitando el trabajo innecesario y dedicando nuestro tiempo y nuestra atención a los miembros de la familia y a los amigos.

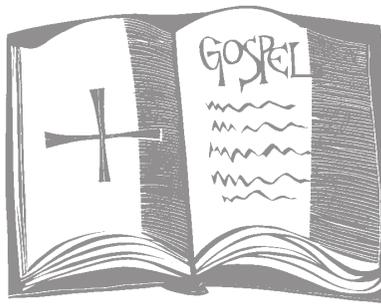
Nuestra comprensión del domingo como un momento sagrado es una valiosa herencia de nuestros hermanos y hermanas judíos, para quienes la observancia del “Shabbat” (el *sabbat*) es una dimensión integral de la espiritualidad del judaísmo. Según el rabino Abraham Joshua Heschel, que fue un destacado teólogo y profesor de misticismo judío a mediados del siglo XX:

Hay un reino del tiempo cuyo objetivo no es tener, sino ser; no es poseer, sino dar; no es controlar, sino compartir; no es someter, sino coincidir. La vida anda mal cuando el control del espacio, la adquisición de cosas del espacio, se vuelve nuestra única preocupación (*El sabbat: su significado para el hombre*).

El rabino Heschel enseñó que “la vida espiritual comienza a decaer cuando dejamos de sentir la grandeza de lo eterno en el tiempo” y nos invitó a todos los que queremos dar significado a nuestra vida a buscar a Dios no en lugares ni en cosas, sino en “la semilla de la eternidad sembrada en el alma”. El tiempo es sagrado. Para el pueblo judío, “el *sabbat* simboliza la santificación del tiempo” igual que para los cristianos el día del Señor (el domingo) representa “un reino del tiempo cuyo objetivo no es tener, sino ser”.

Construyendo sobre la reverencia al *sabbat*, que fue tan esencial para sus raíces judías, los cristianos descubrieron un significado más profundo aún por el día del Señor. San Gregorio Magno declaró: “Nosotros consideramos como verdadero sábado la persona de nuestro Redentor, nuestro Señor Jesucristo”. La verdad nos ayuda a comprender por qué un mártir del siglo IV respondería a sus acusadores: “*Sine dominico non possumus*”, “no podemos vivir sin el domingo”, refiriéndose a la celebración de la Sagrada Eucaristía los domingos, prohibida por el emperador, pero en la que él y sus compañeros decidieron participar, incluso con el costo de la tortura y la muerte.

¿Puede la celebración de la Eucaristía dominical suponer semejante necesidad vital en nuestra vida? ¿Podemos recuperar un sentido de tiempo sagrado a medida que salimos de esta pandemia? ¿O captarán nuestro corazón el trabajo, las compras, los deportes y los medios de entretenimiento? ¿Volveremos a consagrarnos a la Gracia y la Belleza de la Eucaristía? ¿O nos conformaremos con las distracciones que el mundo tiene para ofrecernos?



Reconocer a Jesús, y a nosotros mismos, en la Eucaristía

Como el amor verdadero, la Presencia Real de Jesús en la Eucaristía es un misterio que nunca podremos comprender por completo. Es gracia en sí mismo, un inmerecido don de Dios al que se nos invita y se nos desafía a aceptar con la mente abierta y el corazón agradecido. Estamos llamados a reconocer que Jesús está



verdaderamente presente en el pan y el vino consagrados, Su Cuerpo y Su Sangre. También estamos llamados a reconocernos como verdaderos miembros del mismo Cuerpo y Sangre de Cristo, que están íntimamente unidos a Él y entre sí por el milagro que ocurre cada vez que recibimos la Eucaristía. Por eso, el sacerdote o el ministro nunca dicen: “Recibe a Jesús”, sino “El Cuerpo de Cristo”.

El “Amén” que respondemos jamás puede ser superficial. Debe ser genuino, una expresión sincera de nuestra fe en Cristo, que *viene* a nosotros como Señor y hermano, que se *hace* uno con nosotros en la comunión más íntima posible y crea comunión entre todos los miembros de Su Cuerpo. Cada vez que recibimos la Sagrada Eucaristía, aceptamos el gran encargo del Señor de proclamar Su Evangelio y cuidar de Su pueblo en todas las naciones hasta los confines de la tierra.

¿Qué puede hacer cada uno de nosotros para ayudar a que nuestros hermanos y hermanas que viven en el norte de Nueva Jersey regresen a la Gracia y la Belleza de la Eucaristía? ¿Cómo animaremos a los que vacilan en unírseles para celebrar la Misa personalmente con nuestros compañeros feligreses cada domingo, cuando sea seguro hacerlo en grandes cantidades? ¿Es posible que el gran ayuno eucarístico del 2020 demuestre ser una bendición disfrazada —un gran despertar— para aquellos de nosotros que, consciente o inconscientemente, nos hemos “alejado” de Jesús y Su Iglesia?

Con esta carta pastoral, quiero invitar a todos los miembros de esta Iglesia local a seguir el consejo del papa Francisco citado más arriba. Debemos *escuchar* a quienes ya no ven la belleza de la presencia eucarística de Cristo, *orar* para que podamos ayudar a nuestros hermanos y hermanas a regresar a la gracia con la mente abierta y el corazón agradecido. Debemos *distinguir* lo que es verdaderamente bueno para nosotros, nuestra familia y nuestra comunidad. Debemos *permanecer cerca* unos de otros, en espíritu si no físicamente. Y debemos *tomar decisiones prudentes* acerca de nuestra participación en la vida de la Iglesia, especialmente en su culto y su ministerio, sin ansiedad ni temor.

Si confiamos en la presencia y el poder del Espíritu Santo, la constante reapertura de nuestras parroquias, escuelas y ministerios arquidiocesanos será un verdadero regresar a la gracia para la arquidiócesis de Newark. Como nos recuerda el papa Francisco, ahora estamos en una crisis y nadie saldrá de esta pandemia siendo la misma persona. Las cosas *serán* diferentes. El desafío es: ¿seremos mejores o peores? Esperamos y rogamos que el pueblo de Dios salga de esta crisis renovado en el Espíritu con un amor todavía mayor por el extraordinario don de Jesús, que se entrega a nosotros en la Eucaristía.

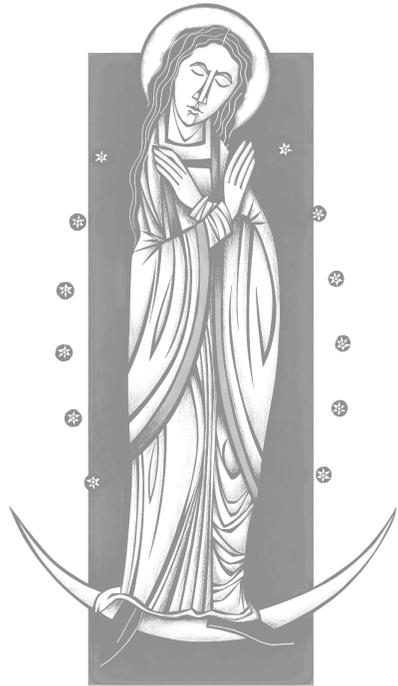
Implorar la protección y el cuidado de María

Desde que quedó claro que esta pandemia constituía una peligrosa amenaza para la vida y el bienestar de millones de personas en todo el mundo, le he pedido a María, Madre de la Iglesia, que interceda en favor de todos los que sufren, así como también de todos los que responden a las necesidades de los demás. Ahora pido a nuestra Bienaventurada Madre que nos ayude a regresar a la Gracia y la Belleza de la Eucaristía dominical y a la recepción reverente de la Sagrada Comunión infundiendo en todos —clero, mujeres y hombres consagrados, y fieles laicos— un amor ardiente por su Hijo Jesús y una profunda confianza en la capacidad del Espíritu Santo para guiarnos a casa sin peligro.

Que el ejemplo de María nos inspire a todos para discernir la voluntad de Dios para nosotros y nos ayude a hallar la forma de estar cerca unos de otros, aunque mantengamos una distancia segura.

En resumen, me gustaría una vez más hacer mía la oración del papa Francisco a Nuestra Señora, Salud de los enfermos, que termina con las palabras de un canto antiguo, *Sub tuum praesidium*, para ser exactos el himno más antiguo a María, la Madre de Dios, para implorar su protección durante la pandemia del coronavirus y que nos ayude a todos a regresar a la gracia en formas nuevas cuando llegue el momento:

Oh, María, tú resplandeces siempre en nuestro camino como signo de salvación y de esperanza. Nos encomendamos a ti, Salud de los enfermos, que junto a la cruz te asociaste al dolor de Jesús, manteniendo firme tu fe. Tú sabes lo que necesitamos, y estamos seguros de que proveerás para que, como en Caná de Galilea, pueda volver la alegría y la fiesta después de este momento de prueba. Ayúdanos, Madre del Divino Amor, a conformarnos a la voluntad del Padre y hacer lo que nos diga Jesús, quien ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos y ha cargado con nuestras penas para llevarnos, a través de la cruz, a la alegría de la Resurrección. Amén.



Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades antes bien líbranos de todo peligro; ¡oh, Virgen gloriosa y bendita! Amén.

Sinceramente suyo en Cristo Redentor,

+ *Joseph W. Tobin*

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Arzobispo de Newark

